

GRACE OGOT

Traducción de Eva Cruz Yáñez

Grace Ogot (1930). Nacida en Kenia, Ogot volcó su amplia experiencia en sus cuentos y novelas. Estudió enfermería en Uganda e Inglaterra. Ha trabajado como locutora de radio y escritora de guiones para la BBC, oficial de relaciones públicas de Air India, columnista de periódicos, miembro del parlamento y representante de Kenia ante las Naciones Unidas. Considerada por algunos críticos como la cuentista más importante de África Oriental, ha publicado dos novelas, *The Promised Land* (1966) y *The Island of Tears* (1980); dos colecciones de cuento, *Land without Thunder* (1968) y *The Other Woman* (1976); una *novella*, *The Graduate* (1980); y un libro en que recuenta los mitos del pueblo Luo, *Miaha* (1983). Con frecuencia se inspira en su infancia y su trabajo como enfermera así como en los cuentos y prácticas tradicionales africanos para delinear sus tramas y personajes.

El jefe estaba aún lejos de la puerta cuando su hija Oganda lo vio. Corrió a su encuentro. Sin aliento le preguntó a su padre:

—¿Qué novedades hay, Gran Jefe? Todos en el pueblo están esperando con ansia saber cuándo va a llover.

Labong'o extendió las manos hacia su hija pero no dijo ni una palabra. Intrigada por la actitud fría de su padre Oganda corrió de regreso al pueblo para anunciar que el jefe había regresado.

El ambiente en el pueblo era tenso y confuso. Todos se movían sin dirección y exclamaban en el patio sin hacer nada en realidad. Una joven mujer le susurró a su co-esposa:

—Si no resuelven este asunto de la lluvia hoy el jefe se desmoronará. Ellas habían observado cómo el jefe se adelgazaba mientras la gente lo acosaba.

—Nuestro ganado yace muerto en el campo —informaban—. Pronto serán nuestros hijos y luego nosotros. Dinos qué hacer para salvarnos, o Gran Jefe.

Así el jefe había orado diariamente al Todopoderoso mediante sus ancestros para que los librara de su aflicción.

En lugar de reunir a la familia y darles la noticia inmediatamente, Labong'o se dirigió a su choza, señal de que no se

le debía molestar. Habiendo bajado la persiana, se sentó en la choza tenuemente iluminada a meditar.

Lo que pesaba en el corazón de Labong'o ya no era la cuestión de ser el jefe de un pueblo hambriento. Era la vida de su única hija la que estaba en riesgo. Cuando Oganda lo fue a alcanzar vio la cadena brillante que resplandecía alrededor de su cintura. La profecía se había cumplido. "Es Oganda, Oganda, mi única hija, que debe morir tan joven." Labong'o rompió en llanto antes de terminar la oración. El jefe no debe llorar. La sociedad lo había declarado el más valiente de los hombres. Pero a Labong'o ya no le importaba. Asumió la posición de un simple padre y lloró amargamente. Amaba a su pueblo, los Luo, pero ¿qué eran los Luo para él sin Oganda? Su vida había traído nueva vida al mundo de Labong'o y él gobernaba mejor de lo que podía recordar. ¿Cómo iba el espíritu del pueblo a sobrevivir a su hermosa hija? "Hay tantos hogares y tantos padres que tienen hijas. ¿Por qué escoger a ésta? Es todo lo que tengo". Labong'o habló como si los ancestros estuvieran ahí en la choza y los pudiera ver cara a cara. Quizás estaban ahí, diciéndole que recordara su promesa el día que fue entronizado cuando dijo en voz alta frente a los ancianos: "Daré mi vida, si es necesario, y la de mi familia para salvar a esta tribu de manos de los enemigos." "Niégalo, niégalo", oía la voz de sus antecesores burlándose de él.

Cuando Labong'o fue consagrado jefe era apenas un joven. A diferencia de su padre, gobernó muchos años con una sola esposa. Pero la gente le reclamaba porque su única esposa no le daba una hija. Se casó con una segunda, tercera, cuarta esposa. Pero todas dieron a luz hijos varones. Cuando Labong'o se casó con una quinta esposa ésta le dio una hija. La llamaron Oganda, que significa "frijoles", porque su piel era muy clara. De los veinte hijos de Labong'o, Oganda era la única mujer. A pesar de que era la favorita del jefe, las

co-esposas de su madre se tragaron los sentimientos de celos y la llenaron de amor. Después de todo, decían, Oganda era una hija cuyos días en la familia real estaban contados. Pronto se casaría a una edad temprana y le dejaría la envidiable posición a alguien más.

Nunca en su vida había enfrentado una decisión tan imposible. Negarse a acceder a la petición del hacedor de lluvia significaría sacrificar a toda la tribu, anteponiendo los intereses del individuo a los de la sociedad. Más que eso. Significaría desobedecer a los ancestros, y muy probablemente desaparecer a los Luo de la faz de la tierra. Por otro lado, permitir que Oganda muriera como rescate del pueblo dañaría permanentemente el espíritu de Labong'o. Él sabía que nunca sería el mismo jefe otra vez.

Las palabras de Ndithi, el curandero, resonaban todavía en sus oídos. “Podho, el ancestro de los Luo, se me apareció en un sueño anoche, y me pidió hablar con el jefe y el pueblo”, había dicho Ndithi a la reunión de los hombres de la tribu. “Una joven que no haya conocido hombre debe morir para que el país pueda tener lluvia. Mientras Podho todavía me estaba hablando, vi a una joven mujer parada en la orilla del lago, con las manos levantadas sobre la cabeza. Su piel era tan clara como la piel de un cervatillo en el bosque. Su figura alta y delgada era como un carrizo solitario en la orilla del río. Sus ojos soñolientos tenían una mirada triste como la de una madre afligida. Llevaba una arracada de oro en su oreja izquierda y una brillante cadena de latón alrededor de la cintura.

“Mientras me maravillaba por la belleza de esta joven Podho me dijo: ‘De todas las mujeres de esta tierra, hemos escogido a ésta. Que se ofrezca en sacrificio al monstruo del lago. Y ese día la lluvia vendrá en torrentes. Que todos se queden en casa ese día, para no ser arrastrados por la inundación’”.

Afuera había una quietud extraña, a excepción de las aves sedientas que cantaban indolentes en los árboles moribundos. El calor cegador del mediodía había obligado a la gente a retirarse a sus chozas. No lejos de la choza del jefe, dos guardias roncaban tranquilamente. Labong'o se quitó la corona y la enorme cabeza de águila que descansaba sobre sus hombros. Salió de la choza, y en lugar de pedirle a Nyabog'o el mensajero que tocara el tambor lo hizo él directamente. De inmediato todos los de la familia se juntaron bajo el árbol de siala donde generalmente se dirigía a ellos. Le pidió a Oganda que esperara un rato en la choza de su abuela.

Cuando Labong'o se paró para dirigirse a su familia, su voz era ronca y las lágrimas lo ahogaban. Empezó a hablar pero las palabras se negaban a salir de sus labios. Sus esposas e hijos sabían que había un gran peligro. Quizás sus enemigos les habían declarado la guerra. Los ojos de Labong'o estaban enrojecidos y todos se daban cuenta de que había estado llorando. Al fin les dijo:

—Alguien a quien amamos y atesoramos debe ser alejada de nosotros. Oganda debe morir.

La voz de Labong'o era tan débil que no se podía oír a sí mismo. Pero continuó:

—Los ancestros la han elegido para ser ofrecida en sacrificio al monstruo del lago para que podamos tener lluvia.

Quedaron atónitos. Mientras surgía un murmullo confuso la madre de Oganda se desmayó y fue llevada a su choza. Pero los otros se alegraron. Bailaron cantando y recitando:

—Oganda es la afortunada de morir por el pueblo. Si es para salvar al pueblo, hay que dejarla ir.

En la choza de su abuela Oganda se preguntaba qué estaría discutiendo toda la familia sobre ella que no podía oír. La choza de su abuela estaba bastante alejada del patio del jefe y, por más que se esforzaba, no podía oír lo que decían. “Ha de ser el matrimonio”, concluyó. Era una costumbre

aceptada que la familia discutiera el futuro matrimonio de su hija a sus espaldas. Una débil sonrisa apareció en los labios de Oganda mientras pensaba en los numerosos jóvenes que tragaban saliva ante la sola mención de su nombre.

Uno era Kech, el hijo de un anciano de un clan vecino. Kech era muy guapo. Tenía ojos dulces y humildes y una risa atronadora. Sería un padre excelente, pensó Oganda. Pero no serían buena pareja. Kech era un poco bajo para ser su esposo. Sería humillante para ella tener que agacharse para mirar a Kech cada vez que le hablara. Luego pensó en Dimo, el joven alto que ya se había distinguido como un bravo guerrero y un luchador sobresaliente. Dimo adoraba a Oganda, pero ella pensaba que sería un marido cruel, siempre discutiendo y listo para pelear. No, no le gustaba. Oganda jugueteaba con la cadena brillante en su cintura mientras pensaba en Osinda. Hacía mucho tiempo, cuando era bastante joven, Osinda le había dado esa cadena, y en lugar de usarla alrededor del cuello en varias vueltas, la usaba alrededor de la cintura, donde se podía quedar permanentemente. Escuchó su corazón latir fuertemente mientras pensaba en él. Susurró:

—Ojalá seas tú el que estén discutiendo, Osinda, el hermoso. Ven ahora y llévame contigo...

La figura delgada en el umbral sorprendió a Oganda que estaba ensimismada pensando en el hombre que amaba.

—Me has asustado, abuela —dijo Oganda riendo—. Dime, ¿estaban hablando de mi matrimonio? Te puedo asegurar que no me casaré con ninguno de ellos.

Una sonrisa apareció de nuevo en sus labios. Estaba tratando de que la anciana le dijera pronto, le dijera que estaban complacidos con Osinda.

En el espacio abierto de afuera los parientes excitados bailaban y cantaban. Se acercaban ahora a la choza, cada uno cargando un regalo para ponerlo a los pies de Oganda. A medida que sus cantos se acercaban Oganda pudo oír lo que

decían: “Si es para salvar al pueblo, si es para darnos lluvia, dejen ir a Oganda. Dejen que Oganda muera por su pueblo y por sus ancestros”. ¿Estaba loca al pensar que estaban cantando acerca de ella? ¿Cómo podría morir? Se encontró con la delgada figura de su abuela tapando la puerta. No podía salir. La mirada en la cara de su abuela le advertía que había peligro a la vuelta de la esquina.

—Madre, ¿entonces no es el matrimonio? —preguntó Oganda con ansiedad.

De repente se sintió aterrorizada como un ratón acorralado por un gato hambriento. Olvidándose de que sólo había una puerta en la choza, Oganda trató desesperadamente de encontrar otra salida. Tenía que luchar por su vida. Pero no había salida.

Cerró los ojos, brincó como un tigre salvaje traspasando la puerta, tirando a su abuela al piso. Ahí afuera en ropas enlutadas estaba Labong’o inmóvil, con las manos a la espalda. Tomó la mano de su hija y la alejó del grupo enardecido hacia la chocita pintada de rojo donde descansaba su madre. Ahí le dio la noticia oficialmente a su hija.

Durante un largo rato las tres almas que se amaban entrañablemente se sentaron en la oscuridad. De nada servía hablar. Y aunque lo intentaran, las palabras no hubieran podido salir. En el pasado habían sido como tres piedras para cocinar, compartiendo sus cargas. Llevarse a Oganda dejaría dos piedras inútiles que no aguantarían una olla.

La noticia de que la hermosa hija del jefe sería sacrificada para darle lluvia al pueblo se extendió por el país como viento. Al atardecer la aldea del jefe estaba llena de parientes y amigos que habían venido a felicitar a Oganda. Muchos más venían en camino, trayendo sus regalos. Bailarían hasta el amanecer para hacerle compañía. Y en la mañana la prepararían para una gran fiesta de despedida. Todos estos parientes pensaban que era un gran honor haber sido elegida por los espíritus

para morir a fin de que la sociedad viviera. “El nombre de Oganda permanecerá como un nombre vivo entre nosotros”, decían con orgullo.

Pero ¿era el amor materno lo que impedía que Minya se alegrara con las otras mujeres? ¿Era el recuerdo del dolor y sufrimiento del parto lo que la hacía sentirse tan triste? ¿O era el hondo sentimiento y comprensión que se da entre el bebé amamantando y su madre lo que hacía de Oganda parte de su vida, su carne? Por supuesto que era un honor, un gran honor, que su hija fuera escogida para morir por el país. Pero ¿qué podía ganar ella una vez que su hija fuera arrastrada por el viento? Había tantas otras mujeres en la tierra, ¿por qué escoger a su hija, su única hija? ¿Tenía la vida humana algún sentido? ¡Otras mujeres tenían casas llenas de niños mientras que ella, Minya, tenía que perder a su única hija!

En el cielo sin nubes la luna brillaba esplendorosa y las numerosas estrellas titilaban con una belleza que hechizaba. Los danzantes de todas las edades se reunían a bailar ante Oganda, que se encontraba sentada cerca de su madre, sollozando quietamente. Todos estos años que había estado con su gente había pensado que los entendía. Pero ahora descubría que era una extraña entre ellos. Si la querían como siempre lo habían profesado, ¿por qué no hacían ningún intento por salvarla? ¿Acaso su pueblo entendía lo que se sentía morir joven? Incapaz de contener sus emociones, sollozó fuertemente cuando las de su edad se levantaron para bailar. Eran jóvenes y hermosas y muy pronto se casarían y tendrían sus propios hijos. Tendrían esposos a quien amar y pequeñas chozas para ellas. Alcanzarían la madurez. Oganda tocó la cadena alrededor de su cintura mientras pensaba en Osinda. Deseó que Osinda estuviera ahí, entre sus amigos. “Quizás está enfermo”, pensó con gravedad. La cadena la reconfortaba: moriría con ella alrededor de la cintura y la usaría en el inframundo.

En la mañana se preparó un gran banquete para Oganda. Las mujeres prepararon muchos platillos deliciosos para que ella escogiera. “La gente no come después de la muerte”, decían. Aunque la comida se veía deliciosa, Oganda no la tocó. Que coman los que están felices. Ella se contentaba con sorbos de agua en un pequeño guaje.

La hora de su partida se acercaba, y cada minuto era precioso. Tomaba un día de viaje llegar al lago. Tenía que caminar toda la noche a través del gran bosque. Pero nada podía tocarla, ni siquiera los habitantes del bosque. Ya estaba ungida con óleo sagrado. Desde que Oganda recibió la triste noticia esperaba que Osinda apareciera en cualquier momento. Pero no estaba ahí. Un pariente le dijo que Osinda se había ido para hacer una visita privada. Oganda se dio cuenta de que ya no vería a su amado nunca más.

Al atardecer todo el pueblo estaba en la puerta para despedirse de ella y verla por última vez. Su madre lloró sobre su cuello por largo rato. El gran jefe vestido con una piel enlutada se acercó a la puerta descalzo, y se mezcló entre la gente: un simple padre mortificado. Se quitó el brazalete de la muñeca y lo puso en la de su hija diciendo:

—Siempre vivirás entre nosotros. El espíritu de nuestros ancestros está contigo.

Sin habla e incrédula Oganda se encontraba frente al pueblo. No tenía nada que decir. Miró hacia su hogar una vez más. Podía oír su corazón latir dolorosamente dentro de ella. Todos los planes de su infancia llegaban a su fin. Se sentía como una flor arrancada en botón que nunca gozaría del rocío mañanero. Miró a su madre llorosa y murmuró:

—Cuando quieras verme, mira la puesta del sol. Ahí estaré yo.

Oganda volteó hacia el sur para iniciar su caminata hacia el lago. Sus padres, parientes, amigos y admiradores se detuvieron en la puerta y la vieron partir.

Su bella figura delgada se hizo más y más pequeña hasta mezclarse con los delgados árboles secos del bosque. Mientras Oganda caminaba por el sendero solitario que serpenteaba por el bosque, cantó una canción y su propia voz le hizo compañía.

Los ancestros han dicho que Oganda debe morir.
la hija del jefe debe ser sacrificada,
cuando el monstruo del lago se alimente de mí
el pueblo tendrá lluvia.
Sí, la lluvia caerá a raudales.
Y las aguas arrastrarán las playas de arena
cuando la hija del jefe muera en el lago.
El grupo de mi edad ha consentido
mis padres han consentido
igual que mis amigos y parientes.
Que Oganda muera para darnos lluvia.
Las de mi edad están jóvenes y maduras,
maduras para ser mujeres y madres
pero Oganda debe morir joven,
Oganda debe dormir con los ancestros.
Sí, la lluvia caerá a raudales.

Los rayos rojos del sol poniente abrazaron a Oganda, quien parecía una vela ardiente en la espesura.

Aquellos que se acercaron para oír su triste canción se conmovieron con su belleza. Pero todos dijeron lo mismo:

—Si es para salvar al pueblo, si es para darnos lluvia, entonces no temas. Tu nombre vivirá por siempre entre nosotros.

A la medianoche Oganda estaba cansada y agotada. No podía caminar más. Se sentó bajo un gran árbol, y después de beber agua de su guaje apoyó la cabeza en el tronco y se quedó dormida.

Cuando Oganda despertó en la mañana el sol estaba en lo alto del cielo. Después de caminar por muchas horas, llegó al *tong*, una franja de tierra que separaba la parte habitada del país del lugar sagrado (*kar lamo*). Ningún lego podía entrar a

este lugar y salir vivo, sólo a aquellos que tuvieran contacto con los espíritus y el Todopoderoso se les permitía entrar a este lugar sagrado entre lo sagrado. Pero Oganda tenía que atravesar esta tierra sagrada en su camino hacia el lago, al que tenía que llegar al ponerse el sol.

Una gran multitud se reunió para verla por última vez. Su voz era ahora ronca y dolida, pero no había que preocuparse más. Pronto ya no tendría que cantar. La multitud miró a Oganda con simpatía, murmurando palabras que no podía oír. Pero nadie rogó por su vida. Cuando Oganda abrió la puerta, una niña, una niña pequeña, se separó de la multitud y corrió hacia ella. La niña tomó un pequeño pendiente que llevaba en la mano y se lo dio a Oganda diciendo:

—Cuando llegues al mundo de los muertos, dale este pendiente a mi hermana. Murió la semana pasada. Se le olvidó esta arracada.

Oganda, sorprendida por la extraña petición, tomó el pequeño pendiente y le dio su agua y comida preciosas a la niña. Ya no las necesitaba. Oganda no sabía si reír o llorar. Había oído de dolientes que enviaban su amor a sus amados, muertos hacía tiempo, pero esta idea de enviar regalos era una novedad.

Oganda contuvo el aliento mientras cruzaba la barrera para entrar a la tierra sagrada. Miró apelando a la multitud, pero no hubo respuesta. Sus mentes estaban demasiado preocupadas por su propia sobrevivencia. La lluvia era la medicina preciosa que ansiaban, y cuanto más pronto llegara Oganda a su destino, mejor.

Una extraña sensación se apoderó de Oganda mientras buscaba su camino en la tierra sagrada. Había ruidos extraños que la sobresaltaban con frecuencia, y su primera reacción fue echarse a correr. Pero se acordó que tenía que cumplir el deseo de su pueblo. Estaba exhausta, y el camino seguía serpenteando. Luego de repente el camino terminó en una

tierra arenosa. El agua se había retirado varios kilómetros de la orilla dejando una amplia franja de arena. Más allá de ésta había una gran extensión de agua.

Oganda sintió miedo. Quería imaginarse el tamaño y la forma del monstruo, pero el miedo no la dejaba. La sociedad no hablaba de ello, ni tampoco los niños llorones que eran silenciados con la mención de su nombre. El sol estaba todavía alto, pero ya no hacía calor. Durante un largo rato Oganda caminó con la arena hasta los tobillos. Estaba exhausta y extrañaba su guaje de agua. Mientras avanzaba, tuvo la extraña sensación de que algo la seguía. ¿Sería el monstruo? El pelo se le puso de puntas y una sensación helada y paralizante le recorrió la espalda. Miró hacia atrás, de lado y hacia adelante, pero no había nada, salvo una nube de polvo.

Oganda se sobrepuso y se apuró, pero la sensación no la dejaba y todo su cuerpo se saturó de sudoración.

El sol se ponía rápidamente y la orilla del lago parecía moverse junto con él.

Oganda empezó a correr. Tenía que estar en el lago antes de la puesta del sol. Mientras corría oyó un ruido que venía detrás. Volteó bruscamente, y algo que parecía un arbusto andante corría desesperado detrás de ella. Estaba a punto de alcanzarla.

Oganda corrió con todas sus fuerzas. Estaba decidida a aventarse al agua aun antes de la puesta del sol. No miraba hacia atrás, pero la criatura se acercaba. Hizo un esfuerzo por gritar, como en una pesadilla, pero no podía oír su propia voz. La criatura alcanzó a Oganda. En plena confusión, cuando Oganda se encontró cara a cara con la criatura no identificada, una mano fuerte la agarró. Pero cayó en la arena y se desmayó.

Cuando la brisa del lago la hizo recobrar la conciencia un hombre se inclinaba sobre ella. “.....” Oganda abrió la boca para hablar, pero había perdido la voz. Tragó una bocanada de agua que el extraño derramó en su boca.

—Osinda, Osinda. Por favor déjame morir. Déjame correr, el sol se está poniendo. Déjame morir, deja que ellos tengan lluvia.

Osinda tocó la cadena brillante alrededor de la cintura de Oganda y le secó las lágrimas de la cara.

—Debemos escapar rápido a la tierra desconocida —dijo Osinda con urgencia—. Debemos huir de la ira de los ancestros y de la venganza del monstruo.

—Pero la maldición está sobre mí, Osinda, ya no sirvo para ti. Y además los ojos de los ancestros nos seguirán a todas partes y la mala suerte caerá sobre nosotros. Tampoco podemos escapar del monstruo.

Oganda se zafó, temerosa de escapar, pero Osinda volvió a agarrar sus manos.

—¡Escúchame, Oganda! ¡Escúchame! ¡Aquí están dos abrigos!

Luego cubrió todo el cuerpo de Oganda, excepto sus ojos, con un atuendo de hojas hecho con las ramas de *Bwombwe*.

—Nos protegerán de los ojos de los ancestros y de la ira del monstruo. Ahora vámonos de aquí.

Tomó la mano de Oganda y salieron corriendo de la tierra sagrada, evitando el camino que Oganda había seguido.

La vegetación era espesa, y el pasto largo se enredaba en sus pies mientras corrían. A mitad de la tierra sagrada se detuvieron y miraron atrás. El sol casi tocaba la superficie del agua. Estaban asustados. Siguieron corriendo, ahora más rápido, para evitar el sol que se hundía.

—Ten fe, Oganda, esa cosa no nos alcanzará.

Cuando llegaron a la barrera y miraron hacia atrás temblando, sólo una punta del sol se podía ver arriba de la superficie el agua.

—Desapareció, desapareció —lloraba Oganda, escondiendo la cara en sus manos.

—No llores, hija del jefe. Corramos, escapemos.

Hubo un relámpago brillante. Miraron hacia arriba asustados. Encima de ellos empezaron a juntarse negras nubes furiosas. Volvieron a correr. Luego rugió el trueno, y la lluvia cayó a raudales.